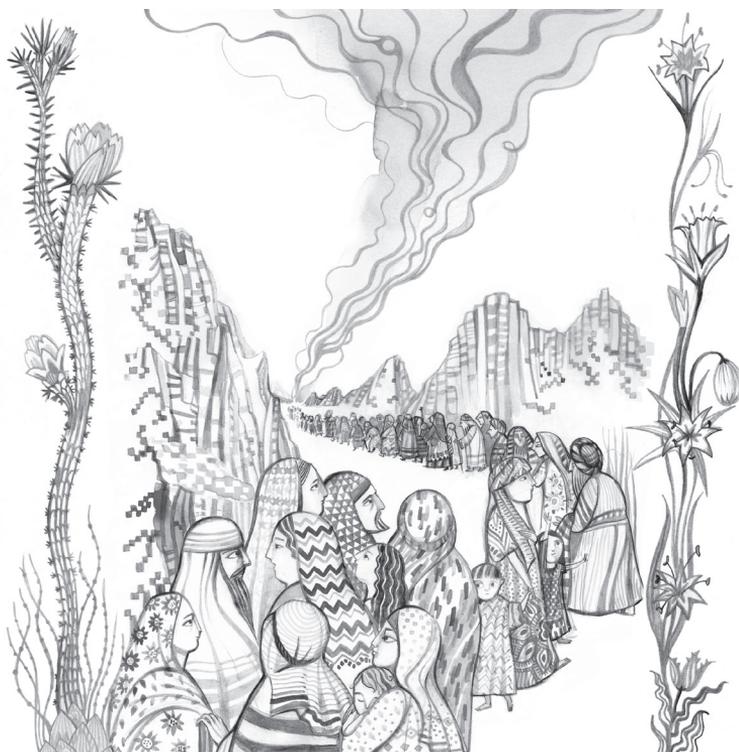


Misioneros de la alegría

Itinerario para laicos 6.0

Ser sal y luz: signos de santidad
en el mundo de hoy



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Sesión 3

Ser sal y luz: signos de santidad en el mundo de hoy

Oración inicial

*Aquí estamos, Padre, reunidos en tu nombre.
Queremos escuchar tu Palabra que es Jesús, camino, verdad y vida.
Permítenos escuchar la llamada que Él hizo y continúa haciendo: sígueme.*

*Una palabra inagotable que hemos escuchado tantas veces.
Indícanos el modo de ir en pos de Jesús, de imitarle, de acoger sus
sentimientos, su estilo de vida.*

*Concédenos el don del Espíritu que permita que la llamada de Jesús resuene
en nosotros, para que así comprendamos y vivamos nuestra vocación: ser
santos, ser discípulos misioneros de Cristo.*

*Unidos a la Virgen María, que conservaba la Palabra en su corazón y, con
ella, a todos los testigos de la fe que con su ejemplo nos han precedido.*

Amén.

Hacemos un momento de lectura orante de la Biblia. En actitud de oración, dejamos que la Palabra nos ilumine y nos renueve. En presencia de Dios, hacemos una lectura reposada del texto.

LECTIO

TERCERA SESIÓN

Lectura del santo evangelio según san Mateo (5, 13-16)

Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos.

Palabra del Señor.

Leemos de nuevo, cada uno, el texto en silencio.

Y compartimos con los demás:

- + ¿Qué me llama la atención del texto?
- + ¿Qué frase o palabra ha resonado de un modo especial en mí?
- + ¿A qué me invita este relato evangélico?

Comentario

Después de que Jesús ha presentado cuál es el proyecto, el programa de las bienaventuranzas. El breve pasaje, que se encuentra a continuación, subraya cuál es la vocación, la identidad del discípulo: ser sal y luz.

Y Jesús les dice a los discípulos que son sal y luz, no que deben llegar a serlo. Ya son sal y luz, esta es su identidad y la advertencia de Jesús es para que no se desvirtúe su vocación.

La primera comparación que Jesús utiliza es la de la sal. En la Sagrada Escritura, en concreto en el Antiguo Testamento, la sal no solo se usaba para sazonar la comida (*Jb* 6, 6), sino que tenía una estrecha relación con los pactos que hacía el pueblo con Dios (*Núm* 18, 19; *2 Cor* 13, 5). En las ofrendas se utilizaba la sal como símbolo de “preservar” el pacto hecho con Dios.

Los discípulos, llamados por Jesús a ser sal de la tierra, son quienes han establecido un pacto con el Maestro, que deben también intentar preservar, custodiar para siempre. Solo podremos ser sal de la tierra, si hemos sido salados, si vivimos en comunión con Jesús, que es la sal verdadera.

La sal cumple también la función de dar sabor a los alimentos, o mejor aún, realzar el sabor que los alimentos tienen, es decir, hacer que estos alcancen toda su intensidad. De este modo se debe entender la misión del discípulo, del verdadero creyente. Hay que estar en el mundo, con nuestros hermanos realzando su sabor, dándoles el toque, el punto, el don propio para que cada uno dé lo mejor de sí mismo. Y para esto, como la sal, hay que salir fuera, disolverse, mezclarse con los alimentos. Se trata de ser con, para, “a favor” de los demás para que cada cual descubra su sabor y sea eso que es. Así es como actúa la sal, y así es como nuestra sal, esa que Jesús dice que somos, actúa a través de nosotros.

Al igual que la sal, los cristianos estamos llamados a tener un impacto en la realidad en la que vivimos. Somos enviados al mundo “para algo” y nuestra presencia no puede pasar desapercibida pues somos, por gracia de Dios, portadores de un don inmenso: la Buena Nueva de Jesucristo.

La segunda comparación se centra en la luz, realidad que en el mundo bíblico posee un gran significado. La luz es la primera obra de la creación y se le identifica con Dios («En tu luz, vemos la luz»,

Sal 36, 9), con la Palabra («Lámpara es tu palabra para mis pasos», *Sal* 119, 105), con la misión que se le encomienda al pueblo de Israel («Ser luz de las naciones», *Is* 42, 6), con Jesús («Yo soy la luz del mundo», *Jn* 8, 12) y en nuestro texto, con los discípulos («Vosotros sois la luz del mundo», *Mt* 5, 14).

El ser luz no es algo propio, sino que tiene su fuente y origen en el que es la luz con mayúsculas, Dios, Jesucristo. Nuestra luz, como discípulos debe ser reflejo de la luz de Jesús.

La finalidad de la luz es iluminar. Una ciudad es ubicada en lo alto de un monte para que se pueda ver y la lámpara se coloca encima de la mesa para alumbrar a los de la casa.

Hay que brillar no tanto con nuestras palabras, sino con “las buenas obras”, con el testimonio. El Señor no nos pide que seamos ejemplo ante los demás por nuestra inteligencia, cultura, riqueza o popularidad. No se trata de una luz relacionada en primer término con el ámbito de las ideas. Se nos pide algo más concreto: obras de misericordia y justicia.

Y el objetivo final de nuestro ser luz es para que los demás, cuando nos vean iluminar, “den gloria a nuestro Padre que está en los cielos”. A veces no somos luz para iluminar a los demás, sino con el deseo de que los demás queden deslumbrados con nuestra luz.

Esto quiere decir que hay que brillar todo lo que cada cual estamos llamados a brillar, pero no para que brille “yo”, mi ego, sino que tengo que aprender a hacer brillar mi luz *de tal modo* que los que la vean den gloria a Dios.

En síntesis, en este breve relato, Jesús invita a los discípulos y a nosotros, en el momento actual, a que a imagen de la sal y la luz, seamos, en medio del mundo, testimonio vivo del Evangelio de Cristo y lo llevemos hasta la raíz de la cultura y la sociedad.

Estamos llamados a ser «misioneros con los gestos y las palabras y, dondequiera que trabajemos y vivamos seremos signos del amor de Dios, testigos creíbles de la presencia amorosa de Cristo (...). Así como la sal da sabor a la comida y la luz ilumina las tinieblas, así también la santidad da pleno sentido a la vida, haciéndola un reflejo de la gloria de Dios» (san Juan Pablo II).

MEDITATIO

El papa Francisco, en la exhortación GE, nos ofrece algunos rasgos característicos de la realización de nuestra vocación a la santidad en el contexto cultural y social de nuestro tiempo, para ser sal de la tierra y luz del mundo. Son rasgos que nos pueden ayudar a realizar nuestra vocación a la santidad.

«Son cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy. En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual» (GE, n. 11).

La llamada a la santidad no es algo abstracto. El Señor nos llama en el “aquí y ahora” de nuestra vida. No se trata de encontrar la situación más favorable, sino ya existe. La historia de los santos nos recuerda que es en los momentos más difíciles y oscuros cuando más se muestra la fuerza del Espíritu, que nos lleva a lo más esencial: la confianza en el camino de Jesús. Desde esta perspectiva el papa señala algunos rasgos de la vocación a la santidad para nuestro tiempo:

1. Firmeza interior: constancia en el bien. Aguante, paciencia y mansedumbre. Al respecto «hace falta luchar y estar atentos

frente a nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas para no permitir que arraiguen en nosotros» (GE, n. 114). Llamada de atención sobre el peso que pueden tener en nosotros los medios digitales, tantas veces utilizados para promover la difamación y la calumnia, la rabia y la infamia. Es importante recordar que «el santo no gasta sus energías lamentando los errores ajenos, es capaz de hacer silencio ante los defectos de sus hermanos y evita la violencia verbal que arrasa y maltrata» (GE, n. 116). En su camino, la humildad es un elemento esencial como capacidad para aprender de los demás como Jesús que se entregó por nosotros (cf. GE, n. 118).

2. Vivir con alegría y sentido del humor. La santidad es un camino de alegría y de sentido del humor, sabe ver las cosas positivas, ver la vida con un espíritu positivo y esperanzado. Hay momentos duros, tiempos de cruz, pero no puede destruir la alegría de saberse amado por Dios, de que Cristo siempre nos acompaña. La alegría cristiana está acompañada del sentido del humor...
3. El mal humor no es un signo de santidad. La tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar encerrado en sí mismo, que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios (cf. GE, n. 126).
4. Audacia, entusiasmo y empuje evangelizador. La audacia y el fervor. Reconocer nuestra fragilidad no debe llevarnos a caer en nuestra audacia. La santidad vence el miedo y el cálculo, la necesidad de encontrar algo seguro, siempre se siente impulsada por una actitud de abandono en las manos de Dios. Francisco nos advierte del peligro de aquellas actitudes que nos cierran en nosotros mismos, bien por prejuicios o por una actitud dogmática o simplemente porque nos refugiamos en las normas. Así «la Iglesia no necesita tantos burócratas y

funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante» (GE, n. 138).

5. La santidad es un camino comunitario: vivir en comunidad. En algunas ocasiones «la santificación es un camino que se recorre de dos en dos. Así lo han reflejado algunas comunidades santas» (GE, n. 141). En nuestro tiempo marcado por el individualismo, hemos de cultivar ese sentido comunitario de nuestra fe. «La comunidad está llamada a crear ese espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado» (GE, n. 142). Así la celebración de la fe, cuando esta se sitúa en torno a la Mesa de la Palabra y del Pan de Vida, tiene la capacidad de generar una nueva fraternidad. Es en la comunidad donde podemos vivir un estilo marcado por los pequeños detalles, por el tú a tú que permite mostrar la propia realidad personal con sus debilidades y cualidades (cf. GE, n. 145). Así, no podemos dejar de identificarnos con el deseo de Jesús: «que todos sean uno como tú Padre en mí y yo en ti» (*Jn* 17, 21) (cf. GE, n. 146).
6. Andar siempre en presencia de Dios: la oración constante. No podemos vivir nuestra vocación sin el diálogo con Aquel que sabemos que nos ama y siempre nos espera. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. «Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo y, en medio de sus esfuerzos y entregas, suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos» (GE, n. 147). La oración, la intercesión y la oración de petición son agra-

dables a Dios porque están muy vinculadas a la realidad de nuestra vida. «Estamos llamados a vivir la contemplación en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión» (GE, n. 26).

CONTEMPLATIO

Ser discípulo de Jesús significa creer en Él y reconocer que es la Buena Noticia comunicada por Dios a los hombres, identificarse con Él hasta llegar a decir con san Pablo: «Para mí la vida es Cristo» (cf. *Flp* 1, 21). Y así, asumir sus enseñanzas y su camino de vida, que tiene su centro en el amor a Dios y al prójimo. Un nuevo modo de vivir, que es el que Jesús vivió, y no se puede ocultar, resplandece y da sabor a la vida.

Jesús, en el Sermón de la Montaña señala que sus discípulos son sal de la tierra y luz del mundo. Dos imágenes que ayudan a comprender que la relación de fe y amor con Jesús es un gran regalo que transforma la vida y es para los demás: ser sal, ser luz. Ser discípulo es inseparable de ser misionero. La luz no se puede ocultar, la sal está llamada a dar sabor. El cristiano, portador del don de Dios, no se limita a disfrutarlo y gozarlo él solo, sino que alumbrá y da sabor al mundo.

Ahora dejamos que el texto del Evangelio que hemos leído resuene en nosotros. Lo podemos repetir, una vez más, despacio. Releyendo el texto del Evangelio, me pregunto si las palabras de Jesús, su testimonio, ¿son sal y luz para mi vida? Y, ¿lo serán también para los demás? ¿Qué significa ser sal y luz para los demás?

El testimonio cristiano ¿no será transparentar en nuestras acciones la forma de actuar de Jesús? Pero, ¿no es algo imposible? Necesitamos un corazón nuevo, necesitamos la ayuda del Espíritu Santo que actúa en nosotros con su luz y su fuerza.

Ser luz y sal implica una proyección social. ¿Qué luz podemos ofrecer a nuestro mundo para que reconozca la acción de Dios? ¿Qué testimonio, qué acción? ¿Cómo me veo yo en todo esto?

«Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que quedan excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vetarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida» (GE, n. 175).

ACTIO

El papa Francisco habla de la respuesta personal a la invitación que hace Jesús a sus discípulos, al don del reino que Él nos trae. Nos dice que «la propuesta del Evangelio no es solo la de una relación personal con Dios. Nuestra respuesta de amor tampoco debería entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales dirigidos a algunos individuos necesitados... Se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos. Entonces, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales» (EG, n. 180)

Es el momento de pensar qué hacer. Comprender una vez más que la santidad es un camino de una nueva humanidad que nos lleva a vivir de otra manera. Francisco afirma: «no tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de Él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad» (GE, n. 2).

De los rasgos de la santidad que señala el papa, ¿cuáles son los más necesarios en la hora presente? Y, ¿cómo podemos cultivarlos en algún ámbito de vida como?:

- la vida de la familia
- el mundo del trabajo
- la pastoral con los jóvenes
- los medios de comunicación
- la acción pastoral en la parroquia
- la acción caritativa y social
- la participación ciudadana y política

Oración

Señor,
ser luz del mundo, ser sal de la tierra: esta es la misión.
¿Cómo será posible?
Solo si nos dejamos iluminar por Ti y por tu Palabra,
podremos ser los discípulos misioneros que tu Iglesia y nuestro
mundo necesitan.
«Habla, Señor, que tu siervo escucha».
Solo así podremos anunciar la Buena Nueva
de que Dios nos ama y que su amor tiene siempre la última
palabra,
aprendiendo así a transformar nuestro mundo con la fuerza de
este amor.

Amén.

